

EL CAMPO MEXICANO: ALGUNAS NOTAS SOBRE SUS PERSPECTIVAS

• Jaime Morales Hernández* •

Encontramos un sistema económico basado en la pobreza de la mitad de la población y la obscena riqueza de unos pocos, y con un campo abandonado que sólo produce miseria y migrantes.

Manifiesto #YoSoy132

Después de casi dos décadas de políticas neoliberales, el campo mexicano está en ruinas; la violencia, el hambre, la pobreza, la emigración y el deterioro de los recursos naturales son algunos indicadores de esta situación, mientras el país importa cada vez mayores cantidades de alimentos a precios cada vez más altos, y los cambios en la dieta incrementan los problemas de salud y la desnutrición en la mayoría de la población. Los gobiernos priístas sentaron las bases de la agricultura

* Es profesor investigador del programa de Ecología Política en el Centro de Investigación y Formación Social del ITESO. Es ingeniero agrónomo del ITESM; tiene una maestría en Desarrollo Rural por el Colegio de Postgraduados de Chapingo, y otra en Desarrollo Rural Sustentable por la Universidad Internacional de Andalucía, España; es doctor en Agroecología por la Universidad de Córdoba, España.

industrial y globalizada, y su labor fue profundizada por las administraciones panistas; ahora el cuestionado retorno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al poder significa la continuidad de las políticas neoliberales y el agravamiento de la crisis rural. El presente texto propone un acercamiento a esta problemática, y hace hincapié en la necesidad de la participación ciudadana para el cambio de rumbo en el desarrollo rural de México, tanto en el nivel local como en el contexto global. Los recientes movimientos sociales han demostrado ser una vía para la construcción de alternativas desde abajo, hacia un mundo rural más justo y sustentable.

1. La herencia panista: el campo en ruinas

Las políticas agropecuarias de los gobiernos panistas significaron la continuidad del modelo neoliberal iniciado por las administraciones priístas, y consagrado en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), establecido en 1994. Su puesta en práctica ha significado profundas transformaciones sociales, económicas, culturales y ambientales en el campo mexicano que está en ruinas, donde la violencia, la inseguridad, el hambre, la pobreza, la emigración y el deterioro ambiental conforman la vida cotidiana de los habitantes del medio rural. La crisis rural actual tiene sus bases en las políticas públicas que han fomentado la agricultura industrial y globalizada, la apertura unilateral de las importaciones, la producción de hortalizas y frutales para la exportación, la carencia de apoyos a la producción local de alimentos, y la caída de los precios agrícolas locales.

Al paso del tiempo, se ha desarticulado la pequeña y mediana agricultura familiar, practicada por la mayoría de la población rural, que genera una importante cantidad de alimentos tanto para el consumo de las familias del campo, como para los mercados locales y regionales.

Esta desarticulación ha causado un alto impacto en el deterioro de la alimentación de las mayorías y en la soberanía alimentaria. Ahora México es uno de los tres principales importadores de alimentos, mientras crece el hambre y la pobreza alimentaria en el campo y la ciudad, y aumentan la obesidad y la diabetes, que se han convertido en graves problemas de salud pública, especialmente para la población infantil.

El llamado proceso de transición hacia la democracia no ha significado modificaciones de fondo en la orientación del desarrollo rural en México, y más allá de los discursos y los cambios de funcionarios se mantienen los elementos centrales del modelo: a) la agricultura mexicana sigue atada a las condiciones del TLCAN que no están a discusión, a pesar del sombrío panorama para el campo mexicano y las movilizaciones campesinas en todo el país; b) las políticas públicas continúan apostando a la agricultura industrial de exportación, a pesar de sus efectos en la soberanía alimentaria y el medio ambiente; c) no hay una mínima reconsideración de los cambios al artículo 27 constitucional, ante su impacto en el incremento de la marginación y la pobreza rural, así como en la intensificación del deterioro ambiental de bosques, suelos y aguas; d) no hay una solución real a las demandas indígenas planteadas en los Acuerdos de San Andrés, y e) las políticas atienden, principalmente, a grandes empresarios rurales, excluyendo a agricultores familiares, campesinos e indígenas, que conforman la mayoría de la población rural en México.¹ En síntesis, las políticas agrícolas se han dedicado, como única opción, a promover la modernización tecnológica del campo en México, desde la propuesta de revolución verde, y más recientemente de los cultivos transgénicos y los agrocombustibles, a través de paquetes tecnológicos orientados hacia el incremento

¹ Jaime Morales Hernández y Bernardo María de Jesús. "La agroecología en los procesos de formación en agricultura sustentable: una experiencia en México", en Jaime Morales Hernández (coord.). *La agroecología en la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural*, México, ITESO/Siglo XXI, 2011.

de la productividad de ciertos cultivos, basados en la homogeneización productiva, vía el monocultivo, en la utilización de insumos energéticos externos y en el uso intensivo de los recursos naturales.

En el campo, la herencia de los gobiernos del Partido Acción Nacional (PAN) es resultado de la ortodoxia neoliberal, inaugurada por los gobiernos priístas y continuada por los panistas. La promoción de los cultivos de exportación, la importación de alimentos, la pérdida de la autosuficiencia alimentaria, el apoyo a la gran agricultura industrial de monocultivo, las autorizaciones para la siembra de maíz transgénico, la quiebra de la agricultura familiar y el deterioro de los recursos naturales, son algunos de los pilares de una política agrícola que ha llevado al campo mexicano a una profunda crisis multidimensional que contempla lo social, lo ambiental, lo económico y lo cultural, y que pone en riesgo el futuro del campo y de la vida rural en México, donde el panorama muestra una realidad desoladora, consecuencia de un proceso que, de acuerdo con Bartra,² bien puede ser considerado como un agricidio, realizado con premeditación, alevosía y ventaja.

2. El contexto global: sus desafíos y tendencias

El mundo se encuentra frente a una combinación de policrisis entreteljadas e indisociables que, en conjunto, conforman una crisis planetaria y la del mundo rural.³ Allí se ubica, también, el medio rural mexicano, en un contexto global caracterizado por una grave crisis alimentaria, causada por el incremento continuo en los precios mundiales de los alimentos que encarece las compras de los países importadores, mientras

² Armando Bartra. "Rusticana", en Rigoberto Gallardo y Rafael Moreno Villa (coords.). *México tras el ajuste estructural*, vol. 2, México, Ediciones del ITESO/Universidad Iberoamericana, León, 2005.

³ Edgar Morin. *La vía para el futuro de la humanidad*, Barcelona, Paidós, 2011.

el hambre crece en todo el mundo. La crisis económica es otro de los componentes del contexto global que, por un lado, pone en cuestión los fundamentos del neoliberalismo y, por el otro, despierta la indignación y la movilización de ciudadanos afectados en todo el mundo. La crisis energética causada por los precios del petróleo es otro componente del contexto rural que perjudica, directamente, a la agricultura industrial basada en el uso de combustibles fósiles y sus derivados como fertilizantes y agrotóxicos.

La crisis ambiental y el cambio climático conforman otro de los elementos del contexto rural global, y al analizar la contribución de la agricultura se observa que la mayor parte de las emisiones se debe a la utilización de grandes cantidades de fertilizantes nitrogenados, al disparatado crecimiento ganadero desvinculado de la tierra, a la deforestación y roturación de nuevas tierras para pastos, forrajes y ahora agrocombustibles. Todas estas fuentes están fuertemente ligadas a la agricultura industrial y a la expansión del sistema agroalimentario global.⁴ Por su estrecha relación con la naturaleza y con el clima, la agricultura es una de las actividades humanas que se verá muy impactada por el cambio climático, que tendrá un efecto directo en la producción de alimentos y, por tanto, en la nutrición de toda la humanidad. El calentamiento global ocasionado, principalmente, por las formas de producción y consumo de los países desarrollados y las élites del Sur, tendrá fuertes impactos en aquellos que viven de las actividades ligadas a la naturaleza, como agricultores, indígenas, pescadores artesanales y pastores que sufrirán sus efectos sin haberlos causado.

La crisis planetaria da cuenta, claramente, del fracaso de la agricultura industrializada y de los sistemas agroalimentarios impuestos en el nivel global. Las evidencias de esta crisis son múltiples: a) la incapaci-

⁴ Ecologistas en Acción. *Agroecología para enfriar el planeta*, Madrid, Cuadernos 19, 2011.

dad de reducir el hambre a pesar de los niveles de producción existentes, b) el incremento de la pobreza y la marginación de los habitantes rurales que se ven obligados a emigrar del campo buscando mejores niveles de vida, c) el continuo deterioro de los recursos naturales, y d) las condiciones de calidad y confiabilidad de los alimentos que cada vez entrañan más riesgos para los consumidores.⁵ La gran paradoja del sistema alimentario actual es que podría alimentar, sin problemas, a todos los seres humanos y, sin embargo, millones de consumidores ricos, en el primer mundo, fallecen por enfermedades relacionadas o provocadas por una dieta inadecuada y excesiva en grasa, mientras que en el tercer mundo la gente muere por la desnutrición y por enfermedades ocasionadas por la pobreza, al no tener acceso a la tierra para cultivar cereales con los cuales alimentar a sus familias, y al verse forzados a implementar sistemas de agricultura industrializada de monocultivos para la exportación.⁶

Más allá de las múltiples evidencias de la crisis, el desarrollo dominante y su etapa de globalización neoliberal se encaminan a intensificar los procesos de industrialización de la agricultura, en torno a la noción de productividad económica, como único criterio, y excluyendo cualquier visión más amplia que considere la multifuncionalidad y los aportes sociales, culturales o ecológicos. La agricultura industrializada tiene una prevalencia de insumos ajenos al reciclaje interno de energía y materiales usados en los procesos biológicos, y busca uniformizar el medio ambiente local para estabilizar la producción, controlando el riesgo y disminuyendo la biodiversidad. El papel estructurante del mercado es uno de los rasgos de esta agricultura que se encuentra cada vez

⁵ Jaime Morales Hernández. "Crisis global y crisis rural: movimientos sociales y alternativas hacia la sustentabilidad", en *Análisis Plural*, Guadalajara, ITESO, 2010.

⁶ Jorge Riechmann. *Cuidar la T(t)ierra: Políticas agrarias y alimentarias sostenibles para entrar en el siglo XXI*, Barcelona, Icaria, 2003.

más involucrada en un complejo de industrias de producción, procesamiento y comercialización de alimentos e insumos, que se encargan de vender estos últimos al agricultor y también de adquirir la producción, incrementando así la dependencia de éste respecto a las agroindustrias.⁷ Aunque cada vez más cuestionada, esta tendencia de carácter prevaleciente persiste en nivel global, y está orientada a intensificar los procesos de agricultura industrial, a través de las propuestas neoliberales. Los organismos multinacionales y las empresas transnacionales imponen a los países —especialmente del Sur— políticas agrícolas que privilegian la exportación sobre la soberanía alimentaria, buscando la supuesta competitividad internacional de los sectores agrarios.

Los impactos ambientales y sociales de la crisis global han generado un profundo cuestionamiento del desarrollo rural dominante y de su etapa neoliberal como camino único, y han desencadenado la búsqueda de alternativas hacia la sustentabilidad rural. Los campesinos y los indígenas llevan a cabo diferentes estrategias para conservar su cultura, sus recursos naturales y su forma de vida; entre estas estrategias juega un papel relevante la búsqueda de la sustentabilidad en las actividades agropecuarias. Desde la perspectiva de las organizaciones rurales globales como Vía Campesina, es crucial que los alimentos sean generados por sistemas de producción sustentables y diversificados, con base en la agricultura familiar campesina y comunitaria; por tanto, los sistemas agropecuarios deben reorientarse hacia la promoción de un modelo fundamentado en principios agroecológicos, y aplicarse políticas públicas y programas que fomenten la agricultura sustentable.⁸ Para otros

⁷ Gloria Guzmán, Manuel González de Molina y Eduardo Sevilla. *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*, Madrid/Barcelona/México, Ediciones MundiPrensa, 2000.

⁸ Paul Nicholson. "La soberanía alimentaria como derecho de los pueblos, nuevas exigencias y retos para los actores de la cooperación", en Fernando Fernández Duch. *Soberanía alimentaria: objetivo político de la cooperación al desarrollo en zonas rurales*, Barcelona, Icaria, 2006.

actores institucionales como International Assessment of Agricultural Knowledge, Science and Technology for Development (IAASTD),⁹ los conocimientos de la agroecología y la agricultura sustentable son una alternativa a la agricultura industrial y enfoques socialmente necesarios como base de la agricultura equitativa y sustentable en los agricultores familiares, que son mayoría en el mundo. Por su parte, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) señala que la agroecología es un modo de desarrollo agrícola que no sólo presenta fuertes conexiones conceptuales con el derecho a la alimentación sino que, además, ha demostrado que da resultados para avanzar, rápidamente, hacia la concreción de ese derecho humano para muchos grupos vulnerables.¹⁰ La agricultura sustentable constituye una de las soluciones a la crisis global, puesto que se preocupa tanto por el medio ambiente como por la alimentación, y por ello es indispensable generalizarla. Para conseguirlo necesitamos el compromiso de los estados, las instituciones, las empresas y sobre todo de los ciudadanos.¹¹

La agricultura industrializada ha demostrado sus impactos negativos en múltiples dimensiones ambientales, económicas, sociales y culturales. También en el nivel global existe, entonces, una tendencia emergente que intenta enfrentar los efectos ambientales y sociales de la industrialización de la agricultura, y que promueve la reconsideración de la agricultura asumiendo las ideas de sustentabilidad y multifuncionalidad, y la ubica, desde la perspectiva de la soberanía alimentaria, como una cuestión estratégica nacional. Esta tendencia proviene,

⁹ IAASTD. *Agriculture at a crossroads*, Washington, ONU/FAO, 2009.

¹⁰ Stéphane Hessel. *Indignaos: un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, Barcelona, Paidós, 2011.

¹¹ Olivier de Schutter. "La agroecología y el derecho a la alimentación. Informe del Relator Especial sobre el derecho a la alimentación al Consejo de Derechos Humanos de la Asamblea de la ONU", documento A/HRC/16/49, Nueva York, ONU, 2010.

fundamentalmente, de los movimientos sociales rurales y de manera paulatina obtiene consensos, reflejados en acuerdos globales entre países y avalados por organizaciones internacionales; es notable el continuo crecimiento de la superficie dedicada a cultivos manejados desde la agricultura sustentable, que en 2008 incluía a un total de 35 millones de hectáreas en 154 países del mundo, manejadas por alrededor de 1.4 millones de agricultores, y con una tasa continua de avance de tres millones de hectáreas (9%), respecto al año anterior. El primer lugar lo ocupa Oceanía, con 12 millones de hectáreas y después se ubican Europa y Latinoamérica.¹²

La región donde tiene mayor crecimiento la agricultura sustentable es Latinoamérica, con un 26%,¹³ y donde más de 400 mil pequeños agricultores, indígenas y campesinos certificados como orgánicos, continúan desarrollando a diario, en sus parcelas, la producción de alimentos sanos, y cuyo promedio en las fincas ronda las cinco hectáreas de extensión.¹⁴ Al paso del tiempo y con la participación de grupos de consumidores, ecologistas, organizaciones no gubernamentales, universidades, centros de investigación y los gobiernos, la agricultura alternativa fue creciendo consistentemente, y en la actualidad ocho millones de hectáreas, que equivalen a 27% de la superficie mundial, se ubican en América Latina.¹⁵ En la región, y especialmente en el Cono Sur, los gobiernos nacionales han ido desarrollando políticas públicas ubicadas en esta tendencia, para promover y fortalecer la transición hacia agriculturas más sustentables.

¹² Helga Willer y Lukas Kilcher (eds.). *The World of Organic Agriculture. Statistics and Emerging Trends*, Bonn, IFOAM, 2010.

¹³ *Ídem*.

¹⁴ Movimiento de Agroecología Latinoamericana. *Plan estratégico 2006-2009*, México, MAELA, 2006.

¹⁵ Helga Willer y Lukas Kilcher, *op. cit.*

3. El regreso del PRI: más de lo mismo

Un campo en ruinas, consecuencia de las políticas neoliberales iniciadas por ellos mismos y continuadas por los gobiernos panistas, recibe el retorno del PRI al gobierno federal. Éste enfrentará un contexto global con una serie de desafíos para la agricultura, la alimentación y el medio ambiente, y una creciente tendencia a la sustentabilidad rural, así como una ciudadanía lastimada y afrentada por las irregularidades electorales y que cuestionará, continuamente, su desempeño.

Las políticas neoliberales para el campo en México inician con Miguel de la Madrid, pero se implementan con Carlos Salinas de Gortari, otro gobierno priísta fuertemente cuestionado por las circunstancias electorales de su acceso al poder. Este presidente, por cierto muy ligado a Enrique Peña Nieto, instrumentó las políticas agrícolas que sentaron las bases de la actual crisis rural. Una de ellas fue la reforma del artículo 27 constitucional que protegía las tierras ejidales, comunitarias e indígenas, al impedir la compra, la venta y el arrendamiento de ellas. En 1992, y como un prerrequisito del TLCAN, el gobierno mexicano cambió la Constitución con su modo autoritario, y colocó en el mercado la tierra y los recursos naturales. Otro conjunto de políticas agrícolas se ubicó en los marcos institucionales del sector agrario mexicano; el Estado se retiró y en su lugar dejó al mercado, la privatización, la desregulación y la apertura comercial, que fueron los ejes de la modernización. Así, su papel se redujo a crear el marco apropiado para asegurar el flujo de capitales privados hacia el campo, mediante reformas a las políticas y leyes, y también vía la reestructuración de las instituciones públicas dedicadas al campo.¹⁶

¹⁶ Kirsten Appendini. "La transformación de la vida económica en el campo mexicano", en Jean Francois Prud'homme (coord.). *El Impacto social de las políticas de ajuste en el campo mexicano*, México, Plaza y Valdés Editores, 1995.

Otro grupo de políticas agrícolas atendió a las cuestiones económicas, y significó la eliminación acelerada de subsidios en todos los ámbitos (precios, consumo e insumos), la apertura comercial indiscriminada y el alza de los intereses en los créditos rurales. Los cambios institucionales también llevaron a definir políticas agropecuarias excluyentes y orientadas a favorecer a ciertos productores y cultivos. En estas políticas se distinguen tres tipos de agricultores: los campesinos más pobres y marginados, sin posibilidades de competir en el mercado y para los cuales se implementan estrategias asistencialistas; los productores que pueden competir en el mercado con políticas favorables y, por último, aquellos agroempresarios con capacidad de competir internacionalmente, lograr ventajas comparativas y a quienes se dirigen las políticas agrícolas actuales.¹⁷

Los antecedentes de los gobiernos priístas, que implementaron las políticas neoliberales y las estrechas relaciones con los grupos económicos y políticos que construyeron la candidatura presidencial del PRI, y que han sido los principales beneficiarios de las políticas públicas, no permiten vislumbrar un cambio a fondo de la política agropecuaria, y más bien significan la continuidad en el modelo económico neoliberal vigente y el predominio de la agricultura industrial y globalizada como única vía para la crisis del campo mexicano. El programa rural del nuevo gobierno priísta no pone en cuestión ninguno de los rasgos estructurales que tienen postrado al medio rural, y en cambio señala la baja productividad como la razón de la pobreza rural. Por ello, aparece de manera evidente su apuesta por profundizar e intensificar el modelo neoliberal en el campo, impulsando al máximo la producción, realizando una segunda revolución verde, atendiendo a la seguridad alimentaria y desechando la soberanía alimentaria del país. En esto consisten

¹⁷ *Ídem.*

las alternativas que propone el PRI a los grandes problemas del campo mexicano: inseguridad, pobreza, hambre, emigración y deterioro ambiental. Con base en estas propuestas, el gobierno de Enrique Peña Nieto profundizará aún más en la agricultura industrial globalizada, en coherencia con las posturas del TLCAN, y con certeza sus políticas no se inscribirán en la emergente tendencia global, orientada hacia la sustentabilidad rural, avalada ya por organismos internacionales y puesta en práctica por varios países europeos y latinoamericanos con resultados muy alentadores.

4. La construcción de alternativas desde abajo

La situación de desastre en que se encuentra el campo mexicano y sus habitantes demanda un profundo cambio del modelo de desarrollo rural que ha seguido el país en los últimos 30 años. De acuerdo con lo discutido en los apartados anteriores, sería muy ingenuo esperar, del gobierno entrante, un viraje hacia un desarrollo rural coherente con las tendencias globales emergentes, basado en agriculturas familiares, multifuncionales y sustentables, que faciliten la soberanía alimentaria, el mejoramiento del nivel de vida de las familias rurales y el cuidado y conservación de los recursos naturales. La historia reciente de este país muestra con claridad que, ante la incapacidad y la indiferencia de la democracia representativa y sus partidos, los movimientos sociales y ciudadanos son los impulsores de los cambios. Ahora, y ante la presencia de un gobierno seriamente cuestionado por su legalidad y legitimidad, es fundamental que la sociedad civil continúe construyendo, desde abajo, las alternativas que el país requiere.

La sociedad mexicana debe discutir y definir el papel que juegan el campo y los agricultores en la vida de la nación, y cuestionarse dos de los rasgos fundamentales del desarrollo rural dominante: las relaciones

desequilibradas entre sociedades y naturaleza, y las relaciones inequitativas entre lo urbano y lo rural. La crisis rural coloca a la agricultura en el centro del debate nacional, y nos recuerda que esta actividad humana debe ser considerada un bien duradero que desempeña múltiples funciones: producir alimentos sanos para todos, cuidar el medio ambiente, conservar las culturas rurales y mejorar el nivel de vida de los habitantes rurales. La situación del campo mexicano impacta, profundamente, a grandes sectores de la población, como a los agricultores y sus familias, pero también a los consumidores urbanos y su salud, y a todos los ciudadanos conscientes que observan la destrucción de los bosques, la pérdida de la agrobiodiversidad, la erosión de los suelos, la contaminación y el agotamiento de los recursos hídricos.

En todo el país crecen los movimientos sociales que cuestionan una agricultura industrial en manos de grandes empresas, que exporta alimentos y genera hambre, pobreza y emigración, que desplaza a los agricultores familiares y produce alimentos sin confiabilidad, que utiliza 80% del agua del país y ocasiona un entorno natural y rural cada vez más degradado. Son movimientos tanto rurales como urbanos, que no están dispuestos a aceptar el incremento del hambre y de la pobreza, ni el deterioro de los recursos naturales, ni las actuales relaciones de inequidad entre las sociedades urbanas y las rurales. Estos movimientos pueden ser ubicados en lo que Hessel¹⁸ propone como un llamado urgente a la indignación y a la movilización ante una situación inaceptable, marcada por la pobreza, la desigualdad, el deterioro ambiental y la violación de los derechos humanos, y han puesto en marcha un nuevo ciclo de movilizaciones orientadas hacia un nuevo paradigma político, que persigue un tránsito de sistemas de democracia formal a procesos de democracia radical.¹⁹ Ante la crisis actual, el mundo rural requiere

¹⁸ Stéphane Hessel, *op. cit.*

¹⁹ Ángel Calle. *Nuevos movimientos globales: hacia la radicalidad democrática*, España, Editorial Popular, 2005.

relaciones más sustentables con la naturaleza, más equitativas entre los seres humanos y más justas entre el campo y la ciudad. En ese sentido, la agricultura se ha convertido en un motor de movilización social, porque ni la naturaleza, ni los agricultores, ni los consumidores pueden ser tratados como simples mercancías.²⁰ La crisis rural nos lleva, como ciudadanos, a realizar una acción continua orientada a dos tareas: la revitalización del campo y la rehumanización de las ciudades, ambas indispensables para un buen vivir.²¹

Los movimientos rurales en México son de naturaleza muy diversa, y sus demandas contemplan una amplia gama de aspectos; sin embargo, más allá de esta diversidad, encuentran como punto común la búsqueda de mantener su identidad cultural como campesinos, a través de formas de organización y producción que les permitan continuar siendo culturas rurales. En esta búsqueda, sus esfuerzos se orientan a establecer articulaciones con movimientos sociales de muy diferentes tipos (ecologistas, consumidores, neorrurales, redes y organizaciones sociales y no gubernamentales), con la perspectiva de construir acuerdos comunes con los habitantes de las ciudades. Los movimientos rurales proponen una nueva relación entre la agricultura y la naturaleza, valorada desde la multifuncionalidad rural, y más allá de la simple racionalidad económica; pero también proponen una relación equitativa entre ciudad y campo, donde las culturas rurales y sus formas de vida sean reconocidas y aceptadas. Los movimientos de consumidores responsables son una contraparte fundamental de la agricultura sustentable campesina en la construcción de una alimentación accesible sana y de calidad para todos, y en el caminar hacia otro tipo de relaciones entre la ciudad y el campo.

²⁰ José Bové y Francois Dufour. *El mundo no es una mercancía: los agricultores contra la comida basura*, Barcelona, Icaria, 2001.

²¹ Stéphane Hessel y Edgar Morin. *El camino de la esperanza: una llamada a la movilización cívica*, Barcelona, Paidós, 2011.

El avance y el crecimiento de las agriculturas sustentables en México son un ejemplo claro de las posibilidades de los movimientos sociales para construir alternativas a contracorriente de las políticas públicas y los programas gubernamentales. Nuestro país es quien tiene la mayor cantidad de agricultores sustentables en América y el tercero en el mundo.²² La agricultura sustentable certificada es un sector que ha pasado de 23 mil hectáreas en 1996, a 403 mil hectáreas en 2008, con una tasa anual de crecimiento de 32%, y se cultivan más de 56 productos entre los que sobresale el café, donde México es el primer productor mundial. En 2008, esta agricultura produjo divisas por 395 millones de dólares y generó 172 mil empleos. Su relevancia social es fundamental, pues los pequeños y medianos agricultores conforman 76% del total de productores; en este grupo son muy importantes los indígenas, con 82% del total, que pertenecen a 22 etnias diferentes. La carencia de políticas públicas para el consumo y la comercialización local hace que gran parte de la agricultura ecológica certificada esté dirigida a la exportación, y en ello lleva un peso fundamental el café. Paulatinamente, esta tendencia se revierte con la creciente presencia de mercados de productos ecológicos para el consumo local, que se ubican en 23 ciudades de México.

El otro sector relevante en el avance hacia agriculturas más sustentables se refiere a aquellas que no están certificadas, y es muy probable que las cifras sean bastante más altas, tanto en superficie como en número de productores, si se considera a quienes realizan una agricultura tradicional o bien que no participan en los procesos de certificación convencional. Aquí el espectro es muy amplio, e incluye las agriculturas campesinas e indígenas dedicadas al autoconsumo familiar y al comercio local, a las redes de agricultores y consumidores, a las crecientes agriculturas urbanas y periurbanas, y también a los colectivos

²² Helga Willer y Lukas Kilcher, *op. cit.*

que impulsan las alternativas de certificación participativa, el consumo local y el comercio justo. La construcción y los avances de la agricultura sustentable se deben a los movimientos sociales rurales, acompañados por organizaciones de la sociedad civil, consumidores, ecologistas y neorrurales, con la participación de algunas universidades e instituciones.²³ Para los ciudadanos, la seguridad ecológica es básica; somos las plantas que cultivamos, los alimentos que comemos, el agua que bebemos, el aire que respiramos, el entorno natural donde vivimos; por tanto, reivindicar el control democrático de lo que sembramos, de nuestra comida, de nuestra agua, de nuestro medio ambiente, así como de nuestra supervivencia ecológica es un proyecto indispensable para nuestra libertad.²⁴

En México, y a pesar del escenario tan adverso, aumentan los actores sociales que buscan caminos en los cuales se fortalezcan las familias rurales, se conserven los recursos naturales y se avance hacia la soberanía alimentaria. Estos movimientos, además de cuestionar a la agricultura industrial, buscan nuevas formas de articulación con otros actores sociales, en torno a demandas comunes, como es el caso de los alimentos; entre ellos existe un creciente consenso respecto a ubicar, como elementos fundamentales para lograr un mundo rural más justo y sustentable, a la soberanía alimentaria y a dos de sus componentes principales: la agricultura sustentable y la familiar. Las experiencias exitosas muestran que sí hay alternativas y que se extienden por nuestro país. La agricultura familiar, la agricultura ecológica, el consumo responsable, la agricultura urbana y periurbana, los circuitos cortos y el comercio justo conforman una serie de estrategias que muestra su

²³ Jaime Morales Hernández y Bernardo María de Jesús, art. cit.

²⁴ Vandana Shiva. *Manifiesto para una democracia de la Tierra: justicia, sostenibilidad y paz*, Barcelona, Paidós, 2006.

viabilidad y que debe ser incluida en las políticas públicas de quienes pretenden gobernar este país, y resolver así sus lacerantes problemas; sin duda, el hambre, es uno de ellos.

Mientras arriba crece la descomposición de la clase política y son cada vez más evidentes las innumerables carencias de la democracia a la mexicana, desde abajo, poco a poco y paulatinamente, aumentan las expresiones sociales que buscan construir alternativas al deterioro social y ambiental en que vivimos. Más allá de las coyunturas electorales, desde los movimientos sociales ya en marcha, hay que fortalecer y acompañar estos procesos hacia la sustentabilidad. Un caso esperanzador es la muy reciente articulación de los campesinos e indígenas junto con los jóvenes del #YoSoy132, a favor de un rescate del campo en México. Además, los ciudadanos debemos continuar presionando y exigiendo políticas públicas serias y fundamentadas, para resolver los problemas del hambre, de los alimentos y del campo, y en ello va en juego el futuro de este país, de sus indígenas, agricultores y de todos los que comemos del campo.